

de y amojonamiento de los del Estado, de propios y comunes de los pueblos y de establecimientos públicos. Nombró una comision para extender un proyecto de ley á fin de uniformar en todo el Reino el sistema de pesas y medidas, cuya ley en efecto se dictó, y ha tenido ejecucion; fijó el espíritu de la de 1845 sobre ayuntamientos, y dió nueva y acertada organizacion á la Real Academia de San Fernando. Instruccion pública, beneficencia, carreteras, conduccion de aguas á Madrid, fueron asimismo objeto de su atencion especial: en diez y nueve dias que duró en este último Ministerio, despachó más de dos mil expedientes, prodigio de actividad que su Biografía debe consignar.

Al cabo de dicho tiempo, él y el Presidente de aquel Ministerio hicieron dimision, y vuelto á la paz de su hogar, tornó tambien á la Presidencia de la Seccion de Hacienda del Consejo Real.

A poco empezó á adolecer, y en 22 de Enero de 1848, á los sesenta y nueve años de su edad, entregó su espíritu al Criador. Sus restos mortales yacen en el cementerio situado extramuros de la Puerta de Bilbao.

Aunque Búrgos sobresalía ante todo como administrador y economista, y como hombre de gobierno, no olvidando el carácter literario de esta publicacion, por cuyo prisma principalmente se le considera, séanos permitido conservar dos rasgos característicos, que bajo este aspecto ilustran sus últimos momentos. Poco antes de fallecer se levantó, á las siete de la mañana, á corregir pruebas: era cercano su fin, y se deleitaba en conversar de literatura y administracion.

Sus últimas palabras fueron consagradas, al mismo tiempo que á la Religion, á la excelencia del idioma del Lacio. Leyéndole el Sacerdote, en aquella extremidad, algunas oraciones en castellano, "*Los Evangelios, los Evangelios*,—le dijo el moribundo;—*y en latin; que me gustan más.*" Pocos momentos despues dió el alma á Dios!

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

BIOGRAFÍA.

No es siempre la vida de los hombres conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relacion tranquila de los estudios de su gabinete, la observacion lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginacion por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingenios, de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos, como en más sabroso pasto, la desventura y el infortunio.

Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas; y mezclados,—por su voluntad unas veces, otras, mal de su grado,—en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna, que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa aparece en los periodos de la historia griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos: más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad media. Los Dantes, los Tassos, los Petrarcas, los Milton no pasaron su existencia en la elaboracion tranquila de sus obras in-

mortales. Su vida fué,—por lo general y desgraciadamente para ellos,—un variado é interesante drama, un poema no ménos lleno de incidentes y portentosos episodios, que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados, y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV y de la Reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos, sin dejar huellas en la historia, de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingénios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una taréa única y una profesion exclusiva. Desde Cárlos I hasta nuestros dias los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra. Garcilaso muriendo al escalar una torre, Ercilla cantando sus propias hazañas, Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron sin embargo de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas y no siempre prósperas aventuras.

Pero habían de venir siglos más azarosos y turbulentos; y en el huracan de las conmociones espantosas, que nuestra edad y nuestra Patria habian de presenciar, más mezclada y revuelta habia de andar la vida de los hombres distinguidos con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española, desde los primeros años de la centuria que vamos recorrien-

do. Pocos se han eximido de las grandes penalidades, que ha dejado caer la Providencia sobre este puebló tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyeccion de la pobreza.

Personas que habian nacido con inclinaciones pacíficas; que se habian educado con costumbres blandas y suaves; que parecian exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse en sus más tiernos años transportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazon no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crimen, llenaron en diversas épocas los calabozos, y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscriptos, y una generacion entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algún delito horrendo.

La vida de cada español notable puede ofrecer en sus páginas íntimas fecunda materia para la novela y para el romance. Á veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos sin embargo entre la inmensidad de tantas desventuras, y eclipsados entre la variedad de tan grandes vicisitudes, tragedias espantosas, ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generacion, á quien el cielo permita vivir más tranquila, sobre el suelo regado por las lágrimas y el llanto de sus padres; y á la cual ahorre la Divina clemencia el es-

pectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones!

Aún, si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando al individuo, redundaban en pró de la sociedad, aguijando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiría tanto la triste reflexión con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinion contraria á la teoría, que quiere extraer la virtud por la presión del martirio, y que no ve las lumbreras del ingenio sinó en las tinieblas del infortunio.

Nosotros tenemos otra convicción. Creemos que la desgracia, por sí sola, no enaltece á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harían maravillas. Creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos, han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su Patria, más espléndidamente la hubieran iluminado sinó les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de oscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos, acaso han sido en el infortunio medianías; y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía ó en acciones útiles á su Patria, las fuerzas que ántes empleaban para luchar con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los dias de dolor y de amargura. Para el saber y para el arte, no ménos que para la vida, le llamamos *tiempo perdido*.

La existencia del ilustre personaje cuya interesante Biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido naturalmente estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva lección y de

provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habian escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud; y sin embargo, literariamente hablando, es un jóven, y á la escuela de nuestros dias pertenece. En los años del 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público; y para nosotros sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginación, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen, más principalmente en los últimos años, á la parte de su vida que no tiene tantas aventuras y contratiempos; y no tendríamos inconveniente en poner una línea divisoria entre D. Ángel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra taréa es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del Grande de España con la del imprevisor, y un si es no es calavera mozalvete; la del Ministro conservador, por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y calderoniano, por la del clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna, en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias.

Y así debía suceder, atendida la cualidad que principalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caracteres fijos y tenaces, son los que imprimen dirección y crean las circunstancias de su época. Pero el Duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Ima-

ginacion florida, vivisima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran Poeta, un poeta meridional, recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los Emperadores romanos y de los Califas orientales, de los Marco Aurelios y los Abderhamánes; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines, y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingenios y de tantos hombres grandes, cuna de Séneca y de Lucano, de Averróes y Avicena, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es también la ciudad donde nació D. Ángel de Saavedra; y Córdoba debe ser una patria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro ¹, cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de Abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el paroxismo de una mortal congoja, otro día de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de Marzo de 1791. Fueron sus Padres el Sr. D. Juan Martin de Saavedra y Ramirez, Duque de Rivas, y doña María Dominga Ramirez de Baquedano y

¹ Es muy comun en Córdoba la esfigie de piedra ó bronce dorado del Arcángel San Rafael su patrono.

Quiñones, Marquesa de Andía y de Villasinda, Grandes de España. Pero D. Ángel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres Padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su Padre, desde los años más tiernos se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la corte; que se apresuraban entónces á no dejar á los segundos tiempo de ambicionar, para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible su condicion, é impedir que los hermanos mirasen con envidia ó gérmen de rencor á los que la suerte del nacimiento habia favorecido más.

Así, á los seis meses de edad le pusieron la cruz de Caballero de Justicia de la orden de Malta, y poco despues la bandolera de guardias de Corps supernumerario.

Su primera educacion fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solicitud y esmero á la que por lo general cuidaban en España los Grandes de dar á sus hijos, á quienes se consideraba que no habrian menester de los favores de la fortuna, ni de ejercer en la sociedad cargos y empléos, que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entónces á muchos jóvenes que despues fueron hombres ilustres y aventajados. La revolucion francesa habia lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que dentro de pocos años habia de lanzar de su seno tantos proscriptos, pagaba entónces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad.

Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses fugitivos de aquella sangrienta carnicería; y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entonces á mayor altura de ilustracion y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida, que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desgracias. Tocóle tambien por ayo á nuestro D. Ángel, un ilustrado Canónigo emigrado, llamado Mr. Tostin, y bajo su direccion estudió, á par de las primeras letras, la lengua francesa, y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le fueron asimismo revelados los principios de las bellas artes, é inoculado el gusto por la pintura, en que habia de ser despues tan sobresaliente aficionado, aprendiendo los primeros rudimentos del dibujo bajo la direccion de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasion de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus Padres á llevarle á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote, que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á M. Bordes, tambien emigrado francés muy protegido del Duque su Padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos, á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del entusiasmo, que están encargados especialmente de eternizar y de transmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. Don Ángel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Af-

cionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas que determinaron esta inclinacion, y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginacion lozana, influencia de la Patria y del clima, y generoso presente de la naturaleza.

El Duque su Padre hacia tambien versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y habia en la casa un antiguo mayordomo, que los componia con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creía en la obligacion de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, sinó muy notables y distinguidos estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginacion del jóven D. Ángel, y le estimulasen á probar tambien fortuna en aquel doméstico certámen. No menor pasion mostró por el dibujo; y el mayor castigo que le podían imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalia grandemente nuestro protagonista) era recogerle los lápices, y prohibirle el dar leccion de aquel su arte favorito y predilecto entretenimiento.

En el año de 1802 perdió D. Ángel al Duque su Padre, que falleció en Barcelona, á donde habia ido con la corte á recibir á la Princesa Napolitana Doña María Antonia, primera Esposa de Fernando VII, entonces Príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado Caballero mayor. Distingúale el Rey Cárlos IV con singular favor; y en demostracion de lo que habia sentido su muerte, y del aprecio que hacia de su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Ángel, con los empleos de Exento de Guardias de Corps y de Gen-

til-hombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

D. Ángel había recibido también, á la edad de siete años, la gracia de Capitan de Caballería agregado al regimiento del Infante; y al fallecer su Padre, la Duquesa Viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el Real Seminario de Nobles de Madrid, para que recibiese la brillante y esmerada educación que en él se daba. Hallábase entonces en efecto aquel establecimiento bajo el pie más brillante, y podía competir con los mejores de Europa, así por su organización como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su Director general el Brigadier D. Andrés Lopez de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudición, y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que había empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista D. Manuel de Valbuena era regente de estudios, y hombres asimismo notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educación, que por cierto no encontrarán en el día, después de tantos adelantos y progresos, en ningún establecimiento público.

Estudió D. Ángel latinidad con D. Antonio Salas; poética y retórica con D. Demétrio Ortiz, después Ministro del Tribunal Supremo de Justicia, y que conservó siempre el más tierno cariño á su discípulo predilecto; matemáticas con D. Agustín de Sojo; y geografía é historia con el célebre D. Isidoro de Antillon. Cultivaba al mismo

tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalía D. Ángel ciertamente por su aplicación, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingenio, la facilidad de su comprensión y su felicísima memoria, debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento, con que en todos los exámenes y actos públicos solía brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicación é infatigables en el trabajo. La poesía y la historia eran sus estudios favoritos; las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversión profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginación. En aquella época componía versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales, en que se proponía seguir las huellas de Herrera, autor que él creía, ó que le hicieron creer, —y no por cierto sin razón sobrada, — que era el modelo mejor que podía imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debían atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su afición literaria. La época no era entonces de letras; era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del Emperador Napoleon absorbían la atención del mundo entero, y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo al otro de la Europa crujía el estruendo de las armas, y tronaba por todos los campos el cañon de las batallas. Todavía no se había dado en nuestra Península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocu-

padas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador, en los corazones de todos, y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entonces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta no ménos á los que no eran sus contrarios, que á sus declarados enemigos.

Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedición auxiliar confiada á las órdenes del Marqués de la Romana. D. Ángel, á fines del año de 1806, cumplidos apenas los diez y seis de edad, había salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnición en Zamora; y fué aquel cuerpo uno de los de caballería, que debían marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso Emperador. Pero la Duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en lejanas tierras, por una causa que no era la de su Patria; y deseosa, como tierna Madre, de que adelantase más rápidamente en su carrera sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al Cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de Capitan efectivo, por el de Alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel Cuerpo una escuela de literatura, ni el Cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educación de un joven ilustre. Pero por fortuna de D. Ángel, tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que ó por gozar de ménos medios de fortuna, ó por estar más lejos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber re-

cibido en sus primeros años una educación más esmerada, vivían en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, joven fino, moderado é instruido, que pasaba los días leyendo, pintando con primor en miniatura, ó tocando la flauta con singular habilidad; y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulación, pintaba también y leía á su lado.

Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el Conde de Haro, después Duque de Frias, desde su edad más tierna aficionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos, que bajo la dirección de Luzuriaga y del famoso Capmany, redactaban un periódico literario. D. Ángel empezó también á ensayar en él sus fuerzas, y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazón entusiasta, que necesita, para respirar y vivir, la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. D. Ángel escribió para aquella publicación varios versos y algunos artículos en prosa; y solícito no ménos de cultivar el arte de la pintura, para el cual había mostrado tan felices disposiciones, había tomado por maestro al pintor de Cámara D. José Lopez Enguídanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado Cuerpo en que servía.

Tocóle empezar á servir como Guardia, después de algunos meses de aprendizaje, en las jornadas de los Reales Sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entonces hirió su atención la primera escena

del espectáculo político, que despues habia de desenvolverse á los ojos de la Nacion y del mundo, en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió D. Ángel levantarse el telon del drama revolucionario. Allí empezó con los famosos sucesos llamados *del Escorial*, con el alto escándalo de la causa formada al Príncipe de Asturias, y con la prision del primogénito de los Reyes.

La revolucion empezaba, y empezaba desgraciadamente ántes que en las plazas públicas, en el Palacio de los Monarcas. Tremenda expiacion debia venir despues sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento habian de llover, á poco, sobre las elevadas personas, que así faltaban, —ellas las primeras, —al respeto debido á su carácter augusto; grave baldon, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del Trono, cuyas cortinas ellos descorrían, para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad! Aquel prestigio conservador de la monarquía recibía su primer golpe; pero golpe ya de muerte, y en el corazon; primera hendidura del secular edificio, que debia conocerse más tarde cuando el vaiven del terremoto le sacudiese; fermento y levadura primera de la revolucion, que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo.

Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Ángel, y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un Monarca, de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron, se acordaban sin duda de que habia empezado su vida viendo á aquel Rey

preso, é infamado por sus propios Padres, Reyes tambien y Reyes españoles.

Poco despues de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del Cuerpo de Guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras, se declaró Jefe supremo del Cuerpo al Príncipe de la Paz, y las esperanzas de D. Ángel de hacer pronta carrera se desvanecieron, así por el gran número de Jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuerto con el Duque, hermano mayor de D. Ángel.

Pero, entretanto, se aproximaban, á más andar, los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleon atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto de pasar á Portugal, se apoderaban de las plazas fuertes de España. La Corte de Aranjuez, conocidos ya los verdaderos intentos de los invasores, aunque sin atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desatentada. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible; y á mediados de Marzo llamó repentinamente á toda la guarnición de Madrid. En la ansiedad que produjo esta medida, formábase mil conjeturas, á cual más temerosas y extrañas, sobre el motivo que la impulsaba. Como quiera, los sucesos que se preparaban eran extraordinarios, y el deseo de tomar parte en ellos, de tal manera aguijaba y encendía el ánimo á nuestro jóven, que habiéndose dispuesto la salida de los escuadrones de Guardias, y no habiendo suficiente número de caballos, que quedasen en Madrid los más jóvenes, entre los que aquel se contaba, pidió y le fué concedido marchar en un potro cerril de la última remonta.

Entonces fué testigo presencial de los sucesos memorables de Aranjuez en Marzo; vió la caída de un privado, la destitucion de un Rey, la abdicacion de un Padre, y el ensalzamiento de un hijo en brazos del ímpetu popular; y entró á poco en Madrid, en la escolta del nuevo Rey Fernando VII el dia que con tanto júbilo y entusiasmo, entre lágrimas y aclamaciones, le recibió enloquecida de placer y de esperanzas la capital de la Monarquía, ocupada é invadida ya ésta por los ejércitos franceses.

La fermentacion iba cundiendo; la situacion se complicaba cada dia; la familia Real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecía la entusiasta lealtad de sus súbditos; el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes, en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible DOS DE MAYO estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignacion del pueblo de Madrid.

No presenció D. Ángel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable dia había salido á Guadalajara con un escuadron, que la Junta de Gobierno, dominada por el Duque de Berg, envió á dicho punto, y que regresó á los pocos dias. Pero el Cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que había tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercian entonces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á ménos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos, que habian acompañado hasta la frontera á las Personas Reales, todavía el Príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias.

Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias, para tomar un partido decisivo, y que habian salido disfrazados varios individuos del Cuerpo á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con sus estandartes y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitacion y alarma esta órden. Muchos Jefes, Exentos, oficiales y guardias pidieron su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el Ministro, convocando á su despacho á los Jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro D. Ángel y su hermano el Duque. Hiciéronseles promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarían un sólo francés en el camino, ni en el Escorial. Pero salido el escuadron de Madrid, y apenas habia pasado de Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones, y un batallon de infantería lijera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en el Escorial, donde estaba acantonada la division francesa del General Frere.

Allí pasaron ocho dias en la mayor ansiedad, alarmados de continuo con los avisos confidenciales que recibian de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada dia peligros y asechanzas. Quién les escribia que iban á ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos: quién que los franceses trataban de provocar por medio de una querella particular; una refriega en qué exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en rehenes á Francia cargados de cadenas: voces y rumores que denotan el estado de exaltacion y de zozobrosa inquietud en que se hallaban entonces los áni-

mos, y á los que en cierto modo podia prestar probabilidad la manera irregular con que habian sido conducidos, y con que eran tratados en el Escorial.

En esta angustiosa posicion, llegó una tarde al anochecer el oficial de guardias españolas Quintano con pliegos para el General Frere. Á su recibo, hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles, y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al General Perellós con los Exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué D. Ángel con su hermano el Duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, despues de un diestro preámbulo, manifestó que el Colegio de Artillería de Segovia estaba en insurreccion; que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el Príncipe Murat deseaba que el escuadron de guardias las acompañara para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba, mientras este discurso, gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores que disfrazaban la orden, presentándola sólo con el carácter de una insinuacion y de un buen deseo. Mas, finalizada apénas su arenga, levantóse nuestro D. Ángel de su asiento, y con impetuoso ademan, y con todo el calor de los diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningun guardia pensaba en hacer traicion á su Patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresion y castigo de sus compañeros de ar-

mas. En esta primer arenga y estreno de nuestro personaje, eran tan noble y patriótica la atrevida resolucion, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron, sin embargo, todos su arranque de osadía y elocuencia: quedóse perplejo el General francés; y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolucion estrepitosa, se limitó á echar en cara al arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra, delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Pero contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar más los ánimos, y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Ángel. Calmólos en fin el General francés, accediendo á que el escuadron quedaría en el Escorial, ó regresaría á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los buenos deseos del Duque de Berg, y regresó en posta Quintano camino de Madrid, portador de la nueva de sus inútiles esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en vela los guardias, preparados sus caballos y sus armas. Al amanecer advirtieron que la division francesa había evacuado el pueblo; y á media mañana recibieron la orden de regresar inmediatamente á Madrid. Emprendieron la marcha tarde, y pernoctaron en Galapagar. Deliberaron allí sobre tomar un partido, y fueron varios y discordes, como acontece siempre, los pareceres. Opinaban unos porque el Cuerpo se dispersara, esparciéndose sus individuos por las provincias para fomentar y organizar su general levantamiento: creian otros más conveniente mantenerse reunidos, y aprovechar la ocasion oportuna de marchar al punto en que se formase el primer ejército español. Eran de esta última opinion D. Ángel y el Duque su herma-

no; mas como no hubiese allí autoridad que decidiera, cada cual aquella noche tomó su resolución y su camino, dispersándose los primeros, y quedándose los últimos con el General Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadron, reducido á ménos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la órden de ir á Pinto, sin detenerse, ni entrar en la Córte. Siguió D. Ángel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros, á fin de adoptar una determinación conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos, y abrazar cómo Cuerpo la causa de la nacion, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse, unos tras otros, ausentando todos los que habian llegado allí; y D. Ángel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinion de irse á Castilla, donde se decía que se habian incorporado á las tropas del General Cuesta los destacamentos de guardias, que habian acompañado á las Personas Reales, y que representaban todo el Cuerpo, teniendo allí dos estandartes. Pero el Duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafóx de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara; y en pocos dias, preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados, y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los primeros de Ara-

gon, á que llegaron nuestros viajeros, se vieron rodeados de gran muchedumbre de personas, que les preguntaban con avidéz noticias, y que querían indagar sus nombres y los intentos con que caminaban. Manifestáronles D. Ángel y su hermano sus pasaportes, firmados por autoridades españolas, si bien con nombres supuestos; cuando tropezando desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse el lio en que llevaban ocultas las armas. Los lugareños, que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas y carabinas, gritaron ¡traicion! palabra de muerte entonces, y querían en tumulto dársela pronta á los viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido paisanaje, que decía haber visto entre las armas, grillos y esposas para *atar españoles y venderlos á Napoleon*. Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en el pueblo aquel, uno de los Guardias de Corps, que se habian dispersado en Galapagar, y gozaba en él de mucha influencia y popularidad. Acudió al lugar del desórden, penetró en la cárcel, y reconociendo en el Duque á un estimado jefe, y en D. Ángel á un compañero querido, publicó sus nombres, asegurando que eran leales patriotas y amigos del General Palafóx. Trocóse luego al punto el furor popular en rendidos agasajos, la prision en obsequioso hospedaje, y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo, con que por toda la duracion de la noche, quisieron aquellas gentes recompensar de alguna manera á nuestros caminantes el mal rato, que á su recibimiento habian debido pasar.

Pero escarmentados estos con tal contratiempo, informados de que ántes de llegar á Zaragoza hallarían nue-